

das acusaciones. Convertido en objeto de la burla y del furor públicos, oía desde el fondo de su prision las chanzonetas feroces y las amenazas de sus perseguidores, que iban todas las noches á insultarle en su cautiverio.

A cada momento esperaba ver entrar á sus verdugos; sin embargo, Bobadilla no se atrevió á consumir el último crimen, y mandó que el almirante fuese espulsado de la colonia y enviado á España á la justicia y á merced del rey. Alonso de Villejo fué el encargado de su custodia durante su travesía. Era este un hombre de corazón, obediente por deber militar, indignado, y misericordioso hasta en la obediencia. Al verle Colon entrar en su calabozo creyó que habia llegado su última hora, á la que se habia preparado con la inocencia y la oracion. Sin embargo, la naturaleza se resintió en él.

—¿A dónde me conducís? dijo interrogando con la mirada y el acento al oficial.

—A los buques en donde vais á ser embarcado, monseñor, respondió Villejo.

—¿A embarcarme? repitió Colon, no atreviéndose á dar crédito á aquel mensaje que le devolvía la vida: ¿no me engañáis, Villejo?

—No, monseñor, respondió el oficial: os juro por Dios que nada hay mas cierto.

Villejo sostuvo los pasos del almirante y le hizo subir en el buque cargado con el peso de sus cadenas, y perseguido por los insultos de un infame populacho.

Pero apenas se hicieron los barcos á la vela, Villéjo y Andrés Martin, comandantes del que servía de calabozo flotante á su jefe, se acercaron con respeto á él, igualmente que toda la tripulacion, y quisieron quitarle sus cadenas. Colon, para quien esos hierros eran á la vez una señal de obediencia á Isabel y un signo de la iniquidad de los hombres, y que atormentaban su cuerpo, pero de que se gloriaba su espíritu, les dió las gracias, rehusando obstinadamente que se los quitasen.

—No, dijo: mis soberanos me han escrito que me someta á Bobadilla, y en su nombre me han puesto estas cadenas. Las llevaré hasta que ellos mismos me las quiten, y las conservaré despues, añadió con una satisfaccion amarga de sus servicios y su inocencia, como un monumento de la recompensa concedida por los hombres á mis trabajos.

Su hijo refiere, igualmente que Las Casas, que Colon fué fiel á esta promesa, que siempre conservó sus cadenas colgadas á su vista en sus moradas, y que en su testamento mandó que fuesen sepultadas con él en su ataúd. Como si hubiese querido apelar á Dios de la injusticia y de la ingratitude de sus contemporáneos, y presentar al cielo las pruebas materiales de la iniquidad y de la crueldad de la tierra.

XI.

Sin embargo, los odios de los partidos no cruzan los mares. El despojo, el cautiverio, y

los hierros de Colon escitaron misericordia é indignacion en el pueblo de Cádiz. Cuando vieron á aquel anciano que poco antes habia dado un imperio á su patria, volver de aquel imperio como un vil criminal para espiar el servicio con el oprobio, se exaltaron los corazones contra Bobadilla. Isabel, que á la sazón se hallaba en Granada, derramó lágrimas al ver aquella indignidad, mandó que sus hierros fuesen reemplazados por ricos trages y sus guardas por una escolta de honor. Llamóle á Granada, se echó él á sus pies y sus sollozos de reconocimiento le ahogaron la voz. El rey y la reina no se dignaron siquiera examinar el proceso de tan alto acusado. El respeto de ellos le absolvía tanto como su virtud. Conservaron por algun tiempo al almirante en su corte y enviaron otro gobernador llamado Ovando, para que reemplazase á Bobadilla. Ovando tenia las virtudes que hacen integro al hombre, sin la grandeza de alma que le hacen generoso. Era uno de esos caracteres en que todo es estrecho, hasta el deber, y en que la honradez se asemeja á una parsimonia de la naturaleza. Era el hombre menos á propósito para comprender y suplir á un grande hombre. Recibió de Isabel la orden de proteger á los indios y la prohibicion de venderlos como esclavos.

La parte de las rentas concedida á Colon por los tratados, debía serle enviada á España, como asimismo los tesoros de que habia sido desposeido por Bobadilla. Una flota de treinta velas llevó al nuevo gobernador á la Española.

Colon, insensible á la vejez, y libre ya de las persecuciones, sufría con impaciencia el descanso y hasta los honores en su patria. Vasco de Gama acababa de descubrir la ruta de las Indias por el cabo de Buena Esperanza, y el mundo entero estaba lleno de asombro y de admiracion por ese descubrimiento del navegante portugués.

Una noble emulacion trabajaba en el alma del navegante genovés. Convencido de la redondez del globo, creía llegar á las tierras del Este navegando en linea recta á Occidente: solicitó en la corte de España el mando de una cuarta espelicion, y se embarcó en Cádiz el 49 de mayo de 1502, por última vez. Acompañábale su hermano Bartolomé Colon, y su hijo Fernando, que contaba catorce años de edad. Su flota se componía de cuatro barcos pequeños, propios para navegar en las costas, y entrar sin riesgos en las ensenadas y embocaduras de los rios que queria esplorar. Sus tripulaciones no componian mas que ciento cincuenta hombres marinos. Aunque se acercaba ya á los sesenta años, su vejez verde habia resistido por el vigor de su alma al peso de los años: ni sus enfermedades dolorosas ni la muerte le apartaban de su objeto. «El hombre, decia, es un instrumento que debe romperse trabajando en la mano de la Providencia, la cual se sirve de él para sus designios. En tanto que el cuerpo pueda, el espíritu debe querer.»

Habia él resuelto tocar de paso en la Española para dar una recorrida á los barcos. Tenia para ello autorizacion de la corte. Cruzó el Océano con un tiempo tempestuoso, y llegó con sus mástiles rotos, sus velas destrozadas, sus barcos sin agua y sin viveres á la vista de la Española. Sus nociones marítimas le presagiaban un huracan mas terrible que los que habia experimentado. Envió una chalupa pidiendo al gobernador Ovando el permiso de refugiarse en la rada de Isabela. Instruido por sus pronósticos del peligro que el mar iba á desencadenar sobre aquellas costas, avisaba Colon á Ovando en su carta que retrasase la partida de una flota numerosa dispuesta á salir de la Española para España, y cargada con los tesoros del Nuevo Mundo. Ovando negó cruelmente á Colon el asilo de un momento que imploraba en el puerto de la isla que él mismo habia descubierto.

Alejóse indignado y proscrito, y buscando lejos de la dominacion de Ovando un abrigo bajo los promontorios apartados de la isla, aguardó allí la tempestad que habia predicho á Ovando. Sumergió aquella flota entera del gobernador, los tesoros y la vida de un millar de españoles. Colon la sintió hasta en la rada donde habia tomado asilo, lamentó las desgracias de sus compatriotas, y abandonó aquella tierra inhumana, volvió á ver la Jamáica, y abordó á la tierra firme en la bahía de Honduras.

Sesenta dias de tempestad continua, el zarrandeo de un cabo al otro, y del continente á las islas en las costas desconocidas de aquella América, de la que las tempestades parecían disputarle la conquista, le hicieron perder uno de sus barcos y los cincuenta hombres que lo tripulaban en la embocadura de un rio que llamó la playa del Desastre.

Obstinándose el mar en cerrarle el camino de esas Indias, que creía siempre entrever, echó el áncora entre una isla deliciosa y el continente. Visitado por los indios, embarcó siete de ellos en sus naves para familiarizarse con su idioma y obtener indicios. Costeó con ellos una tierra en la que abundaba el oro y las perlas en manos de los indigenas, y á principios de 1504 subió el rio Veragua y envió á su hermano Bartolomé al frente de sesenta españoles á que visitase las aldeas de aquellas riberas en busca de minas de oro. Bartolomé no encontró mas que salvajes y bosques. El almirante abandonó aquel rio y penetró en otro cuyas riberas estaban pobladas de indios, que prodigaban el oro á sus tripulaciones, en cambio de las bagatelas mas vulgares de Europa. Creyó haber logrado el objeto de sus ensueños, y se hallaba en el colmo de sus reveses. Estalló la guerra entre aquel puñado de europeos, y el pueblo numeroso de aquellas riberas. Bartolomé Colon derribó con su mano y se llevó cautivo al cacique mas poderoso y temible de los indios.

Una aldea que los compañeros de Colon construyeron en la costa para comerciar con el interior, fué tomada y quemada durante la noche por los indigenas, pereciendo bajo los escombros de sus cabañas ocho españoles atravesados por sus flechas. Bartolomé reunió á los mas valientes y rechazó á aquellas hordas á sus bosques; pero creció la animosidad por ambos lados con la sangre vertida, y las canoas de los indios asaltaron en tumulto la chalupa de la escuadra que trataba de internarse mas rio arriba. Todos los europeos de la tripulacion fueron inmolados. Durante aquella lucha encarnizada, Colon, retenido á bordo de sus naves por la debilidad de su cuerpo y por las enfermedades, guardaba al cacique y á los gefes indios prisioneros en su barco. Informados aquellos gefes de la devastacion de su territorio y del cautiverio de sus mugeres, intentaron evadirse levantando una noche oscura la escotilla que cerraba su calabozo flotante. Despertada la tripulacion con el ruido, los encerró de nuevo en él. Al dia siguiente, cuando fueron á abrir la escotilla para llevarles el alimento, solo encontraron sus cadáveres. Habianse muerto unos á otros de desesperacion para sustraerse á la esclavitud.

XII.

Separado muy pronto Colon de su hermano Bartolomé que se hallaba en tierra con los restos de la espelicion, no tuvo otro medio de comunicar con él á través de las rompientes, mas que el valor de uno de sus oficiales, salvando á nado los escollos para llevar y traer noticias cada vez mas siniestras. No podia ni alejarse de los suyos ni abandonarlos con sus desastres. La inquietud, la enfermedad, el hambre, la perspectiva de un naufragio sin asilo y sin testigos sobre una tierra tan deseada y funesta, combatian en su corazon su constancia heroica y su resignacion piadosa á las ordenes de Dios, del que se consideraba á la vez el enviado y la víctima. En sus viglias escribia así el estado de su espíritu:

«Falto de fuerzas me habia adormecido, cuando una voz penetrada de dolor y de compasion me hizo oír estas palabras: ¡hombre insensato! ¡hombre tan tardo en creer y servir á tu Dios, el Dios del universo! ¿qué otra cosa hizo con David y Moisés, sus servidores? Desde el instante de tu nacimiento tomé siempre por tí el mayor cuidado. Desde que fuiste hombre hizo resonar maravillosamente tu oscuro nombre en toda la tierra, te dió en posesion las Indias, esa parte favorecida de su creacion, y te hizo hallar las barreras del Océano, cerradas hasta aqui por cadenas tan fuertes...»

Vuélvete á él y bendice su misericordia contigo: si te queda todavía alguna gran empresa que llevar á cabo, tu edad no será un obstáculo á sus designios. ¿No tenía Abraham mas de cien años cuando engendró á Isaac? ¿y era jóven Sara...? ¿Quién ha causado tus aflicciones de hoy, Dios ó el mundo? Las promesas que te ha hecho no las ha infringido nunca: nunca ha dicho, despues de recibir tus servicios que tú le hubieres comprendido mal. El hace todo lo que debe, y aun mas todavía: lo que hoy sufres es el salario de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros amos. No temas, pues, nada, y ten confianza en la desesperacion misma: todas estas tribulaciones están escritas en el mármol y no sin razon; es preciso que se cumplan. Y la voz que me habló me dejó leno de consuelo y de fortaleza.»

XIII.

Al fin la estacion apaciguó el mar, y los dos hermanos por tanto tiempo separados volvieron á reunirse en las naves y llegaron lentamente á la Española. Una de las tres carabelas zozobró de fatiga al acercarse á la costa, y no le quedaron mas que tres barcos viejos para colocar en ellos todas sus tripulaciones. Abatidos sus compañeros, sin viveres y sin fuerzas, perdidas sus áncoras, sus naves haciendo agua, roidas de gusanos y llenas, dice, «de tantos agujeros como un panal de miel,» con los vientos y el mar implacables que le empujaban de la Española á la Jamáica, pronto ya á sumergirse sus barcos, apenas le dieron tiempo para encallarlos en la arena en una bahía desconocida, atarlos juntos con cables y tablas formando un solo monton, levantar sobre aquellos dos puentes reunidos, tiendas para sus tripulaciones, y aguardar en aquella terrible situacion de un naufragio el socorro de la Providencia.

Atraídos los indios por el espectáculo de aquel naufragio y de aquel fuerte construido por estrangeros en su playa, cambiaron con los españoles viveres por objetos sin valor, cuya novedad formaba el precio á sus ojos. Sin embargo, los meses corrian, las provisiones se agotaban, los terrores del porvenir y los murmullos sediciosos de las tripulaciones infundian una ansiedad pensativa en el ánimo del almirante. La única esperanza que le quedaba era un aviso de su desastre al gobernador de la Española, Ovando. Pero la Española se hallaba separada de la Jamáica por cincuenta leguas de mar. Una canoa de salvages era la única embarcacion que podia utilizar: y ¿qué hombre querría arriesgarse por sus hermanos hasta el punto de jugar su vida contra un elemento tan vasto y terrible, sobre un tronco

de árbol socavado, sin otros aparejos que un remo? Diego Mendez, jóven oficial de la escuadra de Colon, que ya en otras circunstancias estremas habia mostrado el olvido de si mismo que hace los héroes y los milagros, se presentó una noche á la imaginacion del almirante.

Hízole llamar reservadamente al lado de su cama, donde la gota le tenia postrado, y le dijo:

—Hijo mio, de todos los que estamos aquí, vos y yo somos los únicos que comprendemos los peligros en que no hay mas perspectiva que la muerte: solo nos queda por tentar un medio; es preciso que se esponga uno solo á perecer por todos ó nos salve á todos. ¿Queréis ser ese uno?

Mendez respondió:

—Monseñor muchas veces me he espuesto por mis hermanos; pero algunos de ellos murmuran y dicen que vuestro favor me elige siempre que hay alguna accion brillante que llevar á cabo. Proponed, pues, mañana á toda la tripulacion la comision que me ofrecéis, y si ninguno acepta, os obedeceré.

El almirante hizo al dia siguiente lo que Mendez habia pedido. Interrogada toda la tripulacion, proclamó la imposibilidad de una travesía tan grande sobre un pedazo de madera, juguete del viento y de las olas. Entonces se adelantó Mendez, y dijo modestamente:

—No tengo mas que una vida que perder; pero estoy pronto á esponerla por vuestro servicio y por la salvacion de todos: me entrego á la proteccion de Dios. Mendez partió, y se perdió en las brumas y en las espumas del horizonte á los ojos de los españoles, cuya vida llevaba con la suya.

XIV.

Sin embargo, el aguardar sin esperanza, el aislamiento absoluto del mundo conocido y el exceso de la desgracia agriaron contra el almirante á sus compañeros, los cuales le imputaron su perdicion. Dos de sus oficiales favoritos, Diego y Francisco de Porras, á quienes habia tratado como á hijos y revestido de los principales mandos en la escuadra, fueron los primeros á levantar contra él la queja, el insulto y muy luego la sedicion. Aprovechándose de una crisis que postraba á su bienhechor en su lecho, y llevándose consigo á la mitad de los marineros y soldados, se apoderaron de una parte de los viveres y de las armas, amotinaron á sus cómplices á los gritos de ¡Castilla! ¡Castilla! y llenaron de maldiciones y de ultrages al almirante. Colon, á quien la enfermedad habia desarmado y que no podia hacer mas que levantar las manos al cielo, les suplicó en

vano que volviesen á su deber. Despreciaron á sus lágrimas como sus órdenes y le echaron en cara su vejez, sus cabellos blancos, sus padecimientos corporales, levantando el hierro sobre su cabeza. Bartolomé Colon se armó de su lanza, se interpuso entre ellos y el almirante, á quien sostenian varios servidores en sus brazos y auxiliado por la porcion fiel de la tripulacion, salvó los dias y la autoridad de su hermano sobre las naves. Los dos Porras y cincuenta cómplices suyos abandonaron los barcos, devastaron la comarca, sublevaron á los indígenas por sus crimines, intentaron en vano construir barcos para dirigirse á la Española, perecieron parte en la tentativa, volvieron á atacar á Colon y á sus compatriotas en las naves, fueron vencidos por el brazo intrépido de Bartolomé, que mató á su jefe Francisco Porras, y se sometieron al fin á su deber, suplicando á Colon que perdonase su ingratitud y su rebelion.

Entretanto el mensajero de Colon en su débil tronco habia sido dirigido por la Providencia sobre aquel desierto de agua, y habia chochado como un resto de un naufragio lejano contra los escollos de la Española. Conducido á través de la isla por los indígenas, habia llegado despues de fatigas y peligros sin cuento á presencia del gobernador Ovando. Entrególe el mensaje del almirante y aumentó con su narracion el interés y la piedad que la situacion desesperada de Colon y sus compañeros debian inspirar á compatriotas. Pero fuese incredulidad, fuese lentitud, fuese una secreta esperanza de arruinar á un rival demasiado grande para no ser acreedor al reconocimiento, los españoles de la Española dejaron correr dias y meses bajo diversos pretextos. Luego enviaron, como á pesar suyo, una ligera nave mandada por Escobar solo para reconocer la situacion de los barcos naufragos sin abordar la costa ni hablar á las tripulaciones. Aquella nave apareció y desapareció una noche á gran distancia á las miradas de Colon y sus marineros con tanto misterio, que su supersticion la tomó por la sombra de una embarcacion que venia á tentar su credulidad ó á profetizar su muerte.

Al fin Ovando se decidió á enviar barcos al almirante para sustraerle á la sedicion, al hambre y á la muerte. Despues de un naufragio de diez y seis meses, el almirante, abrumado de años, de achaques y de desgracias; volvió á ver por algunos dias la isla de la que habia hecho un imperio, y de la que le proscribían la ingratitud y la envidia. Pasó allí algunos meses, bien acogido en apariencia, en casa del gobernador; pero escluido de toda influencia en el gobierno, viendo á sus enemigos favorecidos, á sus amigos espulsados ó perseguidos á causa de su fidelidad, y lamentando la ruina y la esclavitud de aquella tierra, que habia él descubierta como el jardin del mundo, y que volvía á ver como la tumba de sus que-

ridos indios. Confiados sus bienes, dilapidadas sus rentas, despobladas sus tierras ó incultas, le entregaban á la vez la vejez, á la enfermedad, á la indigencia. Arrojado, por último, con su hermano, su hijo y algunos servidores en un barco que volvía á Europa, le arrastró un mar implacable de borrasca en borrasca á San Lucar, donde desembarcó el 7 de noviembre y desde donde le trasportaron á Sevilla con las fuerzas agotadas y el cuerpo débil, pero con el ánimo invencible, é inmortal en voluntad y esperanza.

XV.

El poseedor de tantas islas y continentes no tenía un techo para proteger su cabeza.

«Si quiero comer ó dormir, escribe desde Sevilla á su hijo, tengo que llamar á la puerta de una posada, y muchas veces no tengo con qué pagar mi cena y cama.»

Sus desgracias y su indigencia le eran menos intolerables que la miseria de sus compañeros y servidores, á quienes habia unido con tantas esperanzas á su suerte, y que le echaban en cara su decepcion y su miseria. Escribió al rey y á la reina en favor suyo; pero el ingrato Porras, aquel rebelde vencido que debía la vida á su magnanimidad, se le habia adelantado en la córte y estraviaba contra su bienhechor el ánimo de Fernando.

«He servido á VV. MM., escribia al rey y á la reina, con tanto celo y constancia como pudiera haberlo hecho para merecer el paraíso, y si algo me ha quedado por hacer, es porque mi ánimo ó mis fuerzas no alcanzaban mas allá.»

Contaba y con razon, con la justicia y el favor de su protectora la reina Isabel; pero este apoyo de su causa iba á faltarle tambien: el infortunio doméstico habia alcanzado tambien á ella, y vivía inconsolable de la muerte de su hija querida. Próxima á espirar, escribió en su testamento este testimonio de su humildad en el puesto supremo, y de la constancia de su ternura hacia el esposo á quien queria permanecer unida hasta en la muerte:

«Que mi cuerpo sea sepultado en la Alhambra de Granada en un sepulcro á nivel de la tierra y que pisen todos; que una simple piedra contenga mi nombre. Pero si el rey mi señor elige para sí una sepultura en algun otro templo ó en alguna otra parte de nuestros reinos, desco que mi cuerpo sea exhumado, trasportado al lado del suyo, á fin de que la union de nuestros cuerpos en el sepulcro atestigüe y signifique la union de nuestros corazones durante nuestra vida, y como espero por la misericordia de Dios la union de nuestras almas en el cielo.»

«¡Oh hijo mio! escribió Colon á Diego al

BIBLIOTECA CENTRAL

saber la muerte de su bienhechora: que esto te sirva de lección para lo que tienes que hacer ahora. La primera cosa es recomendar piadosa y afectuosamente á Dios el alma de la reina nuestra soberana. Ella fué tan buena y tan santa, que podemos estar seguros de su gloria eterna y de su protección en el seno de Dios contra los cuidados y tribulaciones de este mundo. La segunda cosa que te recomiendo es que veles y trabajes con todas tus fuerzas por el servicio del rey; es el jefe de la cristiandad. Acuérdate al pensar en él, de que cuando la cabeza sufre, todos los miembros padecen. Todo el mundo debe orar por el consuelo y la conservación de sus días; pero nosotros especialmente que somos sus servidores.»

Tales eran los sentimientos de reconocimiento y de fidelidad de Colon en el colmo de sus desgracias. Pero la muerte de Isabel no solo arrastraba consigo su fortuna, sino también su vida. Retenido en Sevilla por la pobreza de su equipage y por los achaques crecientes de sus miembros, no tenía más consoladores que á su hermano Bartolomé y á su segundo hijo Fernando.

Este hijo, de edad de diez y seis años, anunciaba todas las cualidades graves del hombre maduro, con todas las gracias del adolescente: «Amale como á un hermano, escribe Colon á su hijo amado Diego, á la sazón en la corte, no tienes otros. Diez hermanos no serían demasiado para tí. Nunca he tenido mejores amigos que mis hermanos.» Rogó á Bartolomé que condujese á aquel joven á la corte, y le recomendase á su hijo legítimo Diego. Bartolomé partió con Fernando para Segovia, residencia entonces de la corte. En vano solicitó la atención y la justicia para Colon.

Luego que la primavera templó la atmósfera, Colon, acompañado de su hermano y de sus hijos, se encaminó él mismo hácia Segovia. Su presencia pareció allí importuna al rey, pues su indigencia era una reconvencción á la corte. El juicio de su conducta y la restitución de sus bienes y privilegios fueron entregados á consejos de conciencia, que sin atreverse á negar sus derechos, gastaron su paciencia en dilaciones. Al mismo tiempo gastaban su vida. Sus inquietudes de ánimo, la prevision de la desnudez en que dejaría á sus hermanos y á sus hijos agriaban sus padecimientos corporales.

«V. M., escribía al rey desde el lecho del dolor, no juzga á propósito ejecutar las promesas que he recibido de él y de esa reina que está ahora en la gloria. Luchar contra vuestra voluntad sería luchar contra el viento. He hecho lo que debía hacer; que Dios que me ha sido propicio siempre haga el resto según su justicia divina.»

Conocía que lo que iba á faltarle era la vida, no la constancia. Su hermano Bartolomé y su hijo Diego se habían ausentado por su orden para ir á implorar á la reina Juana, hija de

Isabel, que volvía de Flandes á Castilla. El dolor físico, la angustia moral, el sentimiento de la abreviación de sus días demasiado cortos ya para que pudiera esperar justicia antes de su fin; los triunfos de sus enemigos en la corte, la burla de los cortesanos, la frialdad del príncipe, los presentimientos de la última hora, el aislamiento en que le tenía la ausencia de su hermano y de su hijo en una ciudad olvidada ó ingrata, los recuerdos de una vida, cuya mitad había pasado en aguardar la hora de un gran destino, y la otra mitad en deplorar la inutilidad del genio: sin duda también la compasión á esa raza inocente y feliz de los indios que había encontrado libres y niños en su jardín de delicias, y dejaba esclavos, despojados y profanados en las manos de sus opresores, sus hermanos sin apoyo, sus hijos sin herencia; la duda sobre la suerte de su memoria entre los hombres futuros, esa agonía del genio desconocido, todas estas tribulaciones de sus miembros, de su ánimo, de su cuerpo, de su alma, de lo pasado, de lo presente, del porvenir, pesaron á la vez sobre el anciano, abandonado en su cuarto de Segovia durante la ausencia de sus hermanos y de sus hijos. Pidió á uno de sus criados, anciano y antiguo compañero de sus expediciones, de su gloria y de sus miserias, que le trajese á su lecho un pequeño breviario, regalo del papa Alejandro VI en aquellos tiempos en que los soberanos le trataban como soberano. Escribió con su mano debilitada su testamento sobre una página de este libro, al cual atribuía una virtud de consagración divina.

¡Estrano espectáculo para su pobre servidor! Aquel anciano, abandonado del universo y recostado en un lecho indigente en una casa de huéspedes de Segovia, distribuía en su testamento mares, hemisferios, islas, continentes, naciones é imperios. Instituyó por heredero principal á su hijo legítimo Diego.

«Ruego á mis soberanos y á sus sucesores decia, que mantengan mi voluntad en la distribución de mis derechos, de mis bienes y de mis empleos, siquiera porque habiendo nacido en Génova, he venido á servirles en Castilla, y les he descubierto la tierra firme, las islas y las Indias.

«Mi hijo poseerá mi cargo de almirante de la parte del Océano que se halla al Este, tirando una línea de polo á polo.»

Pasando de esto al empleo de las rentas que le estaban aseguradas por su tratado con Isabel y Fernando, el anciano distribuía con liberalidad y cordura los millones que correspondían á su familia entre sus hijos y Bartolomé su hermano. Señalaba una cuarta parte á este hermano, y dos millones anuales á Fernando.

Se acordaba de la madre de este hijo, Doña Beatriz Enriquez, con quien nunca se casó, y cuyo abandono durante sus peregrinaciones marítimas era un peso para su conciencia. En-

cargó á su heredero diese una opulenta pensión á esta compañera de sus días amargos cuando luchaba en Toledo contra los rigores de su suerte. Hasta se acusó de ingrato hácia el objeto de su segundo amor, pues añade al legado estas frases, escritas por su mano moribunda:

«Y cúmplase esto para alivio de mi conciencia, porque este nombre y esta memoria son un peso enorme para mi alma.»

Dirigiendo sus ojos después hácia esa primera patria que ninguna otra puede borrar completamente en el corazón del hombre, tuvo un recuerdo para esa ciudad de Génova, donde el tiempo había hecho desaparecer toda su familia paterna; pero donde le quedaban algunos lejanos parientes, como esas raíces que quedan en la tierra después de cortado el tronco.

«Mando á mi hijo Diego que sostenga siempre en Génova á un miembro de nuestra familia, que residirá en ella con su muger, asegurándole una existencia honrosa y como conviene á una persona que nos pertenece. Quiero que este pariente conserve la residencia y nacionalidad de Génova, porque allí he nacido y de allí he partido.

«Que mi hijo, añade con ese sentimiento caballeresco hácia el soberano, que era la religión de su tiempo, sirva al rey, á la reina y á sus sucesores hasta la pérdida de sus bienes y de su vida, pues después de Dios ellos son los que me han suministrado los medios de efectuar mis descubrimientos.

«Es verdad, continuó con involuntario acento de amargura, semejante á una queja mal ahogada en su memoria, que he venido á ofrecérselas desde lejos, y que ha trascurrido mucho tiempo antes que se haya querido creer en el presente que traía á SS. MM.; pero esto era natural, porque era un misterio para todo el mundo, y que solo podía inspirar incredulidad. Por esto debo compartir la gloria con los soberanos que los primeros se fiaron de mí.»

XVI.

Colon dirigió en seguida todos sus pensamientos hácia ese Dios, á quien había considerado siempre como su único y verdadero soberano; cual si hubiese dependido directamente de esa Providencia, cuyo instrumento y ministro era. La resignación y el entusiasmo, esos dos resortes de su vida, no le faltaron en su muerte. Se humilló bajo la mano de la naturaleza y se elevó bajo la mano de Dios, mano que había divisado siempre al través de sus triunfos y de sus reveses, y que sentía más cercana en los momentos de abandonar la tierra. Se abismó en el arrepentimiento de

sus faltas y en la esperanza de su doble inmortalidad.

Poeta de corazón, como se ha visto en sus discursos y en sus escritos, tomó en la poesía sagrada de los salmos las últimas aspiraciones de su alma y las últimas palabras de su boca. Pronunció en latín el adiós supremo á este mundo, y con alta voz encomendó su alma al Creador. Servidor satisfecho de su obra, y despedido del mundo visible, que había ensanchado, para ir al mundo invisible á apoderarse del espacio inconmensurable de los universos infinitos.

XVII.

La envidia y la ingratitud de su siglo y de su soberano se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre, que había llegado á ser su víctima. Los contemporáneos parece como que tienen prisa de espiar, respecto á los muertos, las persecuciones que han causado á los vivos. Hicieronle á Colon funerales régias. Su cuerpo, y más tarde el de su hijo, después de haber habitado muchos monumentos fúnebres en diversas catedrales de España, fueron trasportados y sepultados conforme á su deseo en la Española, como el conquistador en su conquista. Hoy descansan en Cuba. Pero por un juicio incomprensible de Dios, ó por una consecuencia ingrata por parte de los hombres de todas las tierras de América, que se disputaran el honor de guardar sus cenizas, ninguna guardó su nombre

XVIII.

Todos los caracteres del hombre verdaderamente grande se encuentran reunidos en este hombre. Genio, trabajo, paciencia, oscuridad de la suerte vencida por la fuerza de la naturaleza, obstinación dulce pero infatigable hasta lograr el fin, resignación celeste, lucha contra las cosas, larga premeditación del pensamiento en la soledad, ejecución heroica del pensamiento en la acción, intrepidez y sangre fría contra los elementos en las tempestades y contra la muerte en las sediciones, confianza en la estrella, no del hombre, sino de la humanidad, vida arriesgada sin pensar en lo que deja atrás al arrojarse en ese Océano desconocido y lleno de fantasmas, Rubicon de mil quinientas leguas, algo más irremediable que el de César. Estudio infatigable, conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo, manejo hábil, pero honroso de los corazones para seducirlos á la verdad, nobleza y digni-

dad en las formas exteriores que revelaban la grandeza del alma y que encadenaban los ojos y los corazones, lenguaje proporcionado á la magnitud y á la altura de sus pensamientos, elocuencia que convencía á los reyes y que aplacaba las sediciones de sus tripulaciones, poesía de estilo que igualaba sus relaciones á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo á la humanidad hasta en esas latitudes lejanas que acaban hasta con la memoria, sabiduría de un legislador y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias, piedad paternal para con los indios, hijos de la raza humana, á quienes quería dar la tutela del mundo antiguo, pero no la servidumbre de sus opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en perdonar á sus enemigos, piedad, en fin, esa virtud que contiene y diviniza todas las demas, cuando ella es lo que era en el alma de Colon; presencia constante de Dios ante su espíritu, justicia en la conciencia, misericordia en el corazón, alegría y gratitud

en los triunfos, resignacion en los reveses, adoracion por do quiera y siempre.

Tal fué este hombre. Nada conocemos mas acabado: contenia á muchos en uno solo. Era digno de personificar el mundo antiguo cerca de ese mundo desconocido, al que iba á abordar el primero, y de llevar á aquellos hombres de otra raza las virtudes del viejo continente sin uno solo de sus vicios. Ninguno por lo grande de su influencia mereció mejor el nombre de civilizador.

Su influjo en la civilizacion fué incommensurable. El completó el universo, acabó la unidad física del globo. Era adelantar mas que cuanto antes de él se hiciera la obra de Dios: la unidad moral del género humano. Esta obra, á la cual concurrió Colon, era demasiado grande en efecto para estar diguamente recompensada con la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. La América no lleva su nombre; pero el género humano reuniendo por él, lo llevará á todo el globo.

CICERON.

PRIMERA PARTE.

II.

Año 107 antes de Jesucristo. — 647 de la fundacion de Roma.

I.

Ciceron... no es nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia.

La elocuencia, tal como nosotros la comprendemos y tal como Ciceron la comprendia, no es solamente el arte de hablar á los hombres en una plaza pública, es el don de sentir mucho, de pensar bien, de saberlo todo, de imaginar con esplendor, de espresar con poder y de comunicar por la palabra escrita ó hablada á los demas hombres la idea, el sentimiento, la conviccion, la verdad, la admiracion de lo bello el gusto por la honestidad, el entusiasmo por la virtud, el afecto al deber, el heroismo de la patria, la fé en la inmortalidad, que hacen al alma honrada, al corazón sensible, al entendimiento justo, á la razon sana, á la ciencia popular, á la imaginacion artista, al patriotismo ardiente, al varon viril, á la libertad querida, á la filosofia piadosa, á la religion conforme á la idea mas alta de la Divinidad, en una palabra, que hacen al individuo bueno, al pueblo grande y á la humanidad santa.

He aqui lo que nosotros entendemos por el ideal de la elocuencia. Supone para nosotros la posesion y el ejercicio de todas las facultades intelectuales y morales del hombre, resumidas en la palabra: el poder del verbo humano.

Ningun ombre acaso reúne como Ciceron todas estas cualidades. Poeta, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincias, moderador de la república, idolo y victima del pueblo, teólogo, juriconsulto, orador supremo, hombre honrado, sobre todo, tuvo ademas la rara felicidad de emplear todos estos diferentes ejercicios, ora en la mejora, en la tranquila posesion de las delicias de su alma en la soledad, ora en el perfeccionamiento de las artes de la palabra, por el estudio, ya en los negocios públicos de su patria, que entonces eran los negocios del universo, aplicando asi sus dones, sus talentos, su valor y sus virtudes al bien de su país, de la humanidad, y al culto de la Divinidad, á medida que se perfeccionaba.

III.

No se pueden reprochar á Ciceron mas que dos faltas: la vanagloria en la contemplacion de sí mismo, ó las debilidades reales, ó mas bien indecisiones culpables al fin de su vida hácia los tiranos de su patria. Pero estas dos faltas, si se estudia bien su historia, no son faltas hijas de su carácter, sino faltas de su época.

La vanagloria era la virtud de los grandes hombres, en aquellos tiempos en que la religion mas magnánima no habia enseñado todavía á los hombres la abnegacion, la modestia, la humanidad, que nos emancipan de las glorias terrenales, y que la refieren á la satisfaccion muda de la conciencia ó á la sola aprobacion de Dios.